

# RESEÑA DE LIBROS

PIERRE FURTER: *La vie morale de l'adolescent*. Edit. Delachaux Niestlé, Neuchâtel, 1965. 295 páginas, en cuarto.

Divide el autor la obra en seis capítulos, densos y precisos, claramente diferenciados, pero concatenados en ordenación lógica notable que facilitan su lectura y comprensión. La tesis de que la adolescencia es el momento de aparición de una conducta moral se aborda en el capítulo primero, en el que se pone de manifiesto cómo el desarrollo fisiológico entraña toda una serie de problemas que provocan la reflexión moral de los adolescentes y les abre así las posibilidades de una conducta moral. En el segundo, el análisis de la toma de conciencia de sí, permite comprender por qué la adolescencia es la condición de toda conducta moral, ya que, en efecto, los adolescentes llegan a ser capaces de asumir estas nuevas tareas por su intenso desarrollo psíquico y la renovación de su mentalidad.

El estudio del conjunto de los diferentes encuentros con el otro, que abarca el tercer capítulo, confirma la tesis del autor de que la existencia entera del adolescente se convierte en un problema moral, definiendo, en el cuarto, las relaciones que deben existir entre maestros y alumnos y su influencia sobre el conjunto de la comunidad escolar. El capítulo quinto se dedica a poner de relieve lo que Furter considera la esencia de la vida moral durante este período: la toma de conciencia de sí; y, finalmente, en el sexto y último, se dan algunas indicaciones sobre las relaciones de la vida religiosa y moral juveniles, sin agotar el tema, puesto que escapa al propósito general del autor.

En cada uno de los aspectos que describe, los resultados se han confrontado con las diferentes soluciones pedagógicas actuales, deduciendo conclusiones didácticas concretas y positivas que constituyen una nueva pedagogía moral. Con ello, pretende responder a la vez a la impaciencia de la generación juvenil actual, jóvenes que siendo contemporáneos son también los fiadores del futuro, y a la sabiduría de la generación adulta, contemporánea también, pero cuidadosa de preservar la herencia del pasado.

*Los problemas morales de la descubierta del cuerpo.* Los adolescentes descubren que su cuerpo encarna valores reconocidos por los adultos que les rodean y por la sociedad a la que pertenecen. El cuerpo significa algo para los otros; no solamente ata al adolescente al mundo, y por él se siente anclado, y manifiesta su presencia particular, sino que está además cargado de signi-

ficación para los demás, «se le mira desde todas partes». Esta nueva actitud modifica radicalmente la relación con el cuerpo: durante la infancia el cuerpo era una envoltura, en la que el niño se sentía más o menos a gusto. Ahora, los adolescentes son tenidos por responsables de alguna cosa que se les escapa sin cesar; observan también que hubieran podido ser de otro modo, que su cuerpo no es una prolongación natural de su ser, sino una parte de ellos mismos que les señala. Desgraciadamente, esta responsabilización moral respecto del cuerpo se hace muy difícil en nuestra sociedad por la actitud de los adultos.

El deporte alcanza un gran significado en esta descubierta corporal porque el terreno de los deportes es el lugar idóneo de encuentro de la juventud; más allá de la puesta a punto individual de las actividades colectivas coordinadas, los adolescentes encuentran en el deporte otras voluntades, se enfrentan en este «combate amoroso» que, según Jaspers, sería la expresión más justa de la comunicación con el otro. El adolescente juega con su cuerpo, con su adversario, incluso con él mismo: *es el deporte el que manifiesta el movimiento centrifugo de la actividad juvenil, mientras que el universo lúdico infantil es esencialmente centripeto.*

Los adolescentes comprueban las insuficiencias del equilibrio de su infancia y la necesidad de modificar su conducta: descubren que se trata menos para ellos de obedecer a una nueva realidad que impone normas estrictas e indiscutibles, que de elegir nuevas soluciones entre comportamientos contradictorios, en función de su visión ética. Ya no se encuentran en el interior de un mundo cerrado sobre sí mismos, sino proyectados en una sociedad abierta y cambiante donde deben arriesgar la forma de su vida. Pero, al mismo tiempo, toda su evolución fisiológica les impulsa a juzgar sus propias actividades, a reflexionar sobre su existencia corporal. Las dificultades de la adaptación corporal son, por tanto, obstáculos que ellos pueden superar, si aceptan la responsabilidad de llegar a ser personas autónomas.

*Los fundamentos psicológicos de la vida moral juvenil.* Al tratar de la incidencia del desarrollo psíquico sobre la vida moral durante la adolescencia, el autor pone de relieve el paralelismo entre la relación corporal y los acontecimientos centrales de aquel desarrollo desde diferentes puntos de vista. Las emociones pueden llenar dos funciones distintas: la *emoción-choque*, respuesta afectiva a un problema de crecimiento, es siempre penosa porque el cuerpo la encarna en una manifestación

frecuentemente molesta (el rubor, el desvanecimiento, el tartamudeo, etcétera).

La *emoción-sentimiento* es mucho menos sensible por su carácter perturbador que por su valor comunicativo; ésta puede a la vez señalar una ruptura de contacto con otro y una manera íntima de comunicar con él. Pero cualquiera que sea el análisis de estas dos formas de emoción, o de la actitud ante lo temporal, el adolescente conversa con un cuerpo que es a la vez el suyo y otro. Esta relación de ambigüedad está también en el corazón de sus posibilidades imaginativas.

Se nota esta característica hasta en la evolución intelectual, puesto que a un desarrollo cuantitativo sucede un desarrollo cualitativo que supone una elección, es decir, una actitud ética respecto del empleo de la inteligencia. A los niveles de la vida emotiva, imaginaria, intelectual y expresiva, el adolescente no tiene solamente problemas morales a resolver, sino que ahora tiene los medios para adoptar y elegir actitudes éticas. La adolescencia no es una crisis más que cuando la estructura social hace difícil o, incluso, imposible el movimiento de la reflexión. Quizá estas crisis son frecuentes en nuestra sociedad, donde la movilidad social es relativamente grande y donde los adolescentes encuentran muchos hombres, pero pocos adultos dispuestos a establecer contacto con ellos.

*Los encuentros con otro.* Si el principio de la adolescencia está señalado claramente por el paso de la escuela primaria a la secundaria o, mejor, de la secundaria a la superior o al aprendizaje, no se destaca el fin de la misma con rito alguno, con ninguna ceremonia, con signo alguno. Los adolescentes no son reconocidos como adultos ni por su edad, ni por sus funciones, sino por sus *status* sociales y por los de sus familias; se encuentran en una sociedad donde la madurez no se determina éticamente sino por el mérito mundano. Son víctimas de una verdadera «meritocracia», que acelera la evolución sin asegurar, no obstante, la madurez.

La pedocracia o mundo de la juventud no es la creación de una sociedad mejor a la que le muestran los adultos, gerontocracia, sino la destrucción del mundo del adulto, en el que los jóvenes no encuentran sitio. Uno de los aspectos de la rebeldía juvenil moderna se caracteriza por el destierro cultural que manifiestan; ello es consecuencia de un sentimiento agudo de la imposibilidad, para la juventud, de vivir en el mundo de los adultos tal como es actualmente. Dos conclusiones importantes se derivan de la exis-

tencia de esta cultura juvenil: por un lado, el que la adolescencia, a pesar de las apariencias, no es una edad en que el individuo se encuentra cada vez más sólo, sino que es la aparición de la primera toma de conciencia colectiva. El educador debe tenerlo en cuenta, ayudando a la juventud a encontrar un lugar en la sociedad; es preciso reconocerla como una potencia real, no para utilizarla, sino para que no se transforme en una fuerza destructiva.

Por otra parte, las formas que ha tomado actualmente esta cultura juvenil tienen todas las características de una respuesta incompleta, una enajenación de la que los adultos son responsables. *La desconfianza de la generación joven respecto de la de los mayores es consecuencia de la «erosión moral», es decir, la disociación de la moral vivida y de la moral enseñada, es la expresión de la desconfianza en lo que ha llegado a ser una ideología moralizante.*

Ello explica también el malestar de la juventud ante un fenómeno que escapa a muchos educadores: la burocratización de la escuela. En efecto, la escuela, como la sociedad, está amenazada por una esclerosis de las estructuras; al imponer a los adolescentes una estructura inamovible, al crear en ellos una mentalidad de carrera de obstáculos a lo largo del bachillerato se arrebató a la juventud la posibilidad de participar en su propia formación. El adolescente llega a ser el objeto de nuestra formación, como sucede en una pedagogía de la adaptación.

Así el trabajo se degrada en actividad rutinaria, burocrática, avasallado por exigencias no humanas, en lugar de ser el ejercicio de la autonomía; ésta busca refugio en la vida privada, el dominio de la praxis se convierte en el dominio de lo ajeno mientras que el que permanece abierto a la libertad no es sino el dominio de lo irreal. El hombre se proyecta en lo que no hace y se identifica con su parte de fracaso. Comentando a Aranguren, el autor secunda la idea de que el malestar juvenil proviene del fracaso de una educación basada en la ociosidad; esta educación, gracias a sus distracciones, podía cultivar una vida altamente impregnada de espiritualidad y de cultura. En un mundo dominado por el trabajo, la educación se corrompe en una concepción positiva (y no técnica) de la realidad que no posee el nivel del ideal pasado ni responde tampoco a las cualidades de una educación moderna.

Pedagógicamente, la única medida a tomar es aceptar las sugerencias de la educación nueva que ha insistido siempre sobre la importancia de la acción de los alumnos que deben ser los sujetos de su educación; el educador no debe dejar hacer, sino llevar al adolescente a hacerse.

La vida moral juvenil nace de la experiencia de la temporalización en el mundo sin perspectivas históricas

de la infancia. Ella es la respuesta a una preocupación, al cuidado de la temporalidad que se desvela poco a poco. Sin embargo, la descubierta de la temporalidad supone una posibilidad, pero la adolescencia debe ser vivida para que la autonomía moral se adquiera; sin una toma de contacto dialéctica sobre la realidad, la temporalización no sería más que una perspectiva abierta pero no encarnada, análoga a la que permite la vida imaginativa. La necesidad de vivir su historia personal obliga al adolescente a superar la visión utópica de la temporalidad.

Sólo una actitud dialéctica rinde plenamente en la vida moral juvenil. Esta se definirá como una tarea de fidelidad creadora que prosigue y continúa la civilización en la cultura, la comunicación con otro en la intersubjetividad del diálogo (directo en el encuentro personal, indirecto a través de sus obras), transformando, en fin, la conducta moral en actitud y acción política. El adolescente tiene derecho a una educación que le proporcione una libertad suficiente para tomar sus distancias con relación a la sociedad sin perder el contacto con ella. Esta relación dialéctica será particularmente sensible en la relación maestros-alumnos vivida como una participación en una obra común: la actualización del pasado en el presente, y la organización, en el presente, del futuro.

El adolescente no es solamente llamado a repetir el pasado y a preparar un futuro radicalmente nuevo, sino a edificar, por su propia valorización, una síntesis personal para nuestro tiempo. El adolescente se compromete, entonces, a asumir su parte de responsabilidad de la condición humana haciendo de toda su existencia un testimonio de valores; *la adolescencia no es solamente el reflejo del movimiento de la vida, es la ocasión de una realización concreta de la esperanza.*

Planificar no es espacializar el futuro, es, por el contrario, abrir perspectivas hacia el futuro; es organizar el presente de tal manera que permita un futuro. Así, planificar no equivale a organizar una educación permanente en cuyas redes el alumno estará siempre prisionero, sino organizar el presente escolar de manera que el alumno adopte allí una actitud que podrá más tarde, ampliar libremente fuera de la escuela. No hay esperanza sino donde hay un sujeto, y un futuro concreto donde el sujeto pueda responder haciéndose a su vez testimonio de valores. Por ello es por lo que, *paradójicamente, la formación moral se expresa por una pedagogía discontinua. Esta es la única capaz de considerar todas las situaciones pedagógicas, incluso las que son fracasos, como ocasiones de una formación moral;* en efecto, es en el obstáculo en donde estalla, con más fuerza la esperanza.—ISABEL DÍAZ ARNAL.

Ediciones «La Galera», siguiendo la línea de sus publicaciones infantiles, presenta hoy una colección de cuentos, de Aurora Díaz Plaja, ilustrados por María Rius, bajo la dirección pedagógica de Marta Mata, titulada *La ruta del Sol*, volúmenes de 16,5 x 16 cm., en color, agrupados en cuatro series de tres tomos, al precio de 38 pesetas cada serie.

El personaje central de esta colección es el Sol. Un gran personaje a los ojos del niño, que lo encontrará como una persona familiar que le mira y le habla, piensa, ríe, se enfada, juega..., exactamente como un niño, como un niño grande.

Cada uno de estos cuentos presenta un aspecto, una anécdota, una preocupación del Sol..., y todos, en su conjunto, le darán la gran imagen. Pero, además, al recibirla, el niño irá adquiriendo la idea de la variedad dentro de un mismo ciclo. Al final, cada uno de estos cuentos de *La ruta del Sol*, lleva un cuestionario, el mismo cuestionario, para que así, una misma pregunta tenga doce respuestas ordenadas, con el fin de dar al pequeño una idea más sencilla del ciclo.

Doce imágenes del Sol; una imagen luminosa, cálida y segura, del amor que preside la vida de los niños. Día tras día, sus rayos estimulan y ordenan esta vida con el alba llena de promesas de una nueva jornada, con el anochecer que invita al descanso, con una ausencia, cual presencia latente que asegura el retorno.

Pero el Sol no quiere tener para nosotros un ritmo monótono, quiere darnos también el tono de cada día en su ruta a través del año. Cada mes, los niños tendrán una nueva imagen del Sol, y el Sol, a su vez, los contemplará con una mirada nueva, risueña, divertida, juguetona, pero siempre amorosa, mientras sigue el curso de las estaciones.

Este es el curso que sigue también «La Galera» en la colección *La ruta del Sol*, con sus cuatro series:

La *Primavera*, que contiene los siguientes cuentos: «La travesura del viento», «Los colores del sol» y «El regalo de las flores».

El *Verano*, con los siguientes: «La noche de San Juan», «La sorpresa del Sol» y «La lluvia de estrellas».

El *Otoño*, con: «El buen vino de la viña», «El Sol va a la escuela» y «Las castañas asadas», y

El *Invierno*, con los siguientes títulos: «La estrella de Navidad», «El muñeco de nieve» y «El despiste del Sol».

Su autora, Aurora Díaz Plaja, que se mueve en el mundo de los libros y de los niños, y que ha publicado ya muchos cuentos, ha sabido captar con indudable sencillez, en cada uno de estos cuentos, los detalles más característicos de cada estación, dando con ello un gran acierto a esta bonita colección.—L-S.